



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

2



Los impunes



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 2

Los impunes

Este relato pal desolvido se deriva del informe 16: *El Bloque Central Bolívar y la expansión de la violencia paramilitar. Tomo I. Mataron a la gente por matarla: el BCB en Antioquia y el Eje Cafetero*, perteneciente a la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones, publicado por el Centro Nacional de Memoria Histórica en noviembre de 2022.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 2

Los impunes

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

**Centro Nacional de Memoria
Histórica**

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea metodológica y conceptual
Apropiación Social de la Verdad
Histórica de la DAV**

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la
revisión técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 22
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-58-6
ISBN digital: 978-628-7792-71-5
ISBN colección impreso:
978-628-7792-55-5
ISBN colección digital:
978-628-7792-69-2
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria
Histórica**
Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *Los impunes*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Los impunes /investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 2).

22 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-58-6

ISBN digital: 978-628-7792-71-5

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Paramilitares - Colombia 5. Violencia política - Colombia I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH





Puerto Berrío, 15 de octubre de 2007

Alias Vásquez reconoció a alias Buñuelo al verlo pasar frente al local en el que estaba tomando una cerveza. Lo llamó, pero sin decirle Buñuelo —alias que le fue impuesto por un cruel comandante que ambos tuvieron años atrás—; le dijo «lanza», como les enseñaron los del Ejército.

Alias Buñuelo —hombre aún joven de tez cetrina, hombros caídos y todo menos gordo— cabeceó desconfiado hacia quien lo llamaba. Se detuvo, lo miró fijamente, pero no dijo nada.

Alias Vásquez, sin afanarse, levantó de la silla su pesado cuerpo, dio algunos pasos y, palmeando cortésmente a quien había reconocido, agregó:

—Bueno verlo, lanza, bueno verlo —señaló la silla vacía junto a la que él ocupaba—, tómese una, pa bajar la calor.

—¿No me reconoce? —retomó al ver que su interlocutor ni hablaba ni se movía—: soy el

Muelas —y con su índice regordete siguió una larga cicatriz bajo su maxilar izquierdo—, aunque usted me conoció como Vásquez.

Habría sido por escuchar ese nombre, por ver esa cicatriz o por ambas, alias Buñuelo pareció desentensarse. Fue entonces que Vásquez notó que Buñuelo llevaba al hombro una pesada tula. Sin dudarwlo, estiró su otra mano hacia ella y propuso:

—Venga le recibo.

Buñuelo alcanzó a dudarlo, pero el peso de su equipaje lo convenció y, tras entregarle la tula a Vásquez, mansamente siguió sus pasos y tomó asiento junto a aquel otrora compañero de bloque.

—¿Y aquí quién atiende? —fue lo primero que dijo Buñuelo mirando el mostrador al fondo de la tienda.

Vásquez agarró, una en cada mano, las dos botellas de cerveza que había sobre la mesa —una vacía, la otra a medias— y golpeó una con otra hasta que de detrás del mostrador surgió un adolescente adormilado que, viendo el

panorama, asintió y sacó de la nevera dos botellas que, tras destaparlas, puso ante cada uno de los hombres sentados, únicos clientes a esa hora de la tarde.

—El pelao es sordo —explicó Vásquez señalando con el pico de la botella hacia el mostrador—; según sé, una pipeta le explotó al lado de la casa y no lo mató, pero lo dejó medio bobo, además de sordo —de un sorbo más, Vásquez desocupó su segunda cerveza y acercó la recién traída—. ¿Y usted qué hace por acá, lanza? Si mal no recuerdo, la última vez que nos vimos fue por allá en Caldas, en el Pipintá, ¿se acuerda?, al mando de Alberto Guerrero*, al que, por cierto, lo capturaron a comienzos de este año en Medallo. ¿Sí vio?

Antes de contestar, Buñuelo bebió un sorbo largo de cerveza, miró de medio lado a Vásquez y respondió:

—Lástima que lo hayan capturado. Todo traidor debe morir, y no demora en soltar la lengua... Por culpa de ese tipo es que el Frente Pipintá terminó todo peleado —de repente, el rostro de

* Aliás real de Pablo Hernán Sierra.

Buñuelo se había encendido y en sus ojos refulgía la ira.

—¿Y por qué lo odia tanto?

—¡¿Cómo que por qué?! Por culpa de ese infeliz mataron a varios amigos y casi me la dan también, dizque porque estábamos robándonos gasolina... Como si Guerrero no se hubiera hecho rico saqueando carrotaques...

En ese momento, Puerto Berrío Stereo 89.4 FM, pese a las interferencias, se dejó escuchar con un tema que emocionó a Vásquez.

—Espérese —dijo levantando una mano—: esta sí es música, no como ese reguetón de mierda —Buñuelo le puso atención a la canción que empezaba, pero con un gesto indicó que no la reconocía—. Es el mismísimo Chente, el Charro de Huentitán —Buñuelo se encogió aún más de hombros—. Escuche, escuche cómo dice: «Yo sé que sufriré, tal vez me moriré, peleaaaaando por mi gente...».

—No lo dirá por lo que hicimos —lo interrumpió Buñuelo.



—¡Súbale, sordito, súbale! —gritó Vásquez ignorando el comentario escuchado, dándole un manotazo a la mesa que casi hace caer las botellas.

—Verdad que es sordo —agregó Vásquez instantes después.

El joven apareció de nuevo trayendo dos botellas recién destapadas. Tras dejarlas sobre la mesa, Vásquez le agarró una muñeca y con un gesto le pidió que subiera el volumen de la música.

—Mi amor es para ti... —volvió a cantar Vásquez, siguiendo la canción—, y el tuyo es para mí, le pese a quien le pese...

De un sorbo largo, Buñuelo terminó su primera cerveza y se puso a mirar hacia la calle, sin tardar en descubrir algo que le llamó la atención sobre el tejado de una casa en la acera de enfrente.

Después de haberle subido a la radio, el joven, detrás del mostrador, con tembloroso pulso, tomó un lápiz y un pedacito de papel, y garabateó un par de palabras. Luego, sin dejar de

temblar, se asomó un poco por encima del mostrador y, tras notar que los hombres ya se habían olvidado de él, dobló el papelito en un bolsillo y con máximo sigilo salió del local por una puerta trasera.

El joven —de nombre Luis— había podido ver con claridad la cicatriz del hombre que lo había tomado de la muñeca. Preferiría nunca fijarse en los clientes; pero esta vez lo había hecho sin querer queriendo. Y no tenía duda: no era posible que dos personas en el mundo tuvieran esa misma marca.

Mientras caminaba a paso raudo por la calle, sus ojos se encharcaron al recordar dónde había visto antes al hombre de la cicatriz. Fue unos diez años atrás, cuando paramilitares del Frente Pablo Emilio Guarín llegaron a la vereda Minas del Vapor, en el municipio de Yolombó y, frente a la comunidad, desmembraron a cuatro hombres acusados de colaborar con la guerrilla. Fue ver eso —y el terror que se desató desde entonces— lo que le quitó el habla, y no el estallido de una pipeta. Ese cuento lo habían inventado él y su familia para hacerse pasar por víctimas de la guerrilla, lo que, en un lugar como Puerto

Berrío, servía para no despertar sospechas de tipos como el de la cicatriz.

—Tremendo chulo —dijo Buñuelo señalando el ave de carroña posada en un tejado cercano, con el cigarrillo que acababa de encender—, lleva un rato mirándonos.

—Tranquilo, Buñuelito, que ese no come vivos —respondió Vásquez, ya afectado por la cerveza.

—Hacía tiempo que nadie me decía así.

—¿Cómo le dicen ahora? —preguntó el Muelas, tratando de enmendar su imprudencia.

—Ahora me llaman por mi apellido.

—¿Cómo es que es?

—Da igual, Vásquez, da igual. Hasta me conviene que me siga recordando con ese alias.

Algo más iba a preguntar el obeso hombre, pero se contuvo. Mientras miraba al gallinazo posado sobre el tejado, se acordó del origen del alias de su interlocutor. Fue a finales del siglo pasado, cuando el Frente Cacique Pipintá todavía se llamaba Frente Norte de Caldas y no se había



integrado en el Bloque Central Bolívar. En una vereda llamada Corozal, cerca de San Pablo, Antioquia, el comandante les ordenó que dispararan contra un grupo de personas que habían sacado de una casa. Todos dispararon salvo uno, que arguyó que se le había encasquillado el arma. Fue entonces cuando cayó sobre ese infeliz el gracioso apodo, que no tardó en convertirse en su alias: Buñuelo, por inexperto, por incapaz, marcándole como cobarde ante sus compañeros, llevándolo a demostrar más crueldad de la necesaria en futuras operaciones.

En la emisora, que aún sonaba, concluyó la tanda musical y comenzó la franja informativa:

«Bienvenidos a las noticias. Tras un reñido encuentro —habló el locutor—, nuestra Selección logró un importante empate sin goles frente a la pentacampeona Brasil, en el estadio El Campín de Bogotá. El próximo miércoles, nuestra Selección se verá las caras contra Bolivia en la altura de La Paz...».

—¿Sí se vio el partido? —preguntó Vásquez cambiando de tema— Esos brasileiros la saca-

ron barata, Wason Rentería y el Totono casi meten gol...

Un ruido detrás del mostrador llamó la atención de Buñuelo, quien no contestó a la pregunta de Vásquez, sino que planteó una nueva:

—¿A qué horas arranca el toque de queda?

Como si lo hubieran llamado, como si les hubiera leído la mente, el joven salió de detrás del mostrador trayendo dos cervezas más y, ayudado con gestos, les indicó que era la última antes de tener que cerrar.

Los dos hombres desocuparon sus respectivas cervezas y entrechocaron las botellas recién traídas.

—¿Y usted en qué anda ahora, Vásquez?

—Yo, relajao, cuidando unas finquitas por aquí cerca, ganándome la plata honradamente.

—¿Y no lo estará buscando la justicia? —dejó escapar Buñuelo.

—¿Y por qué me habría de buscar? Yo siempre he sido un hombre honrado que lo único

que ha hecho es obedecer las órdenes de sus superiores.

—No me refería tanto a la justicia, sino a los que pueden pensar que sabemos demasiado...

—¿Cómo así?

—Se supone que después de las últimas «desmovilizaciones» —Buñuelo dibujó las comillas con sus dedos en el aire—, ya no existen los paramilitares, ¿no?

Vásquez rio de buena gana.

—¡Ay, hombre! Usté sí dice unas cosas. ¿Cómo se le ocurre que este país va a sobrevivir sin paramilitares? Primero se acaban los cultivos de coca...

El joven apagó la radio y caminó hacia los dos hombres. Señalando el cielo ya crepuscular, puso sobre la mesa un papelito boca abajo, con la cuenta por lo bebido. Vásquez lo tomó, miró la cifra y, con gestos y palabras, le dio a entender al muchacho que le pagaría otro día. El joven negó con la cabeza. En esas, intervino Buñuelo, que le pidió a Vásquez que le dijera cuánto era lo que se debía.

—¿Me va a invitar?

—¿A cómo sale cada pola? —le respondió.

Sin esperar respuesta, de su bolsillo sacó tres mil pesos y se los dio al muchacho.

—Las tuyas se las invito en otra ocasión —dijo poniéndose de pie, recogiendo la tula del piso y echándosela al hombro.

—Ya, sordo, ábrase, ábrase —habló Vásquez sacudiendo una mano, como espantando mosquitos—, le pago la próxima vez. Anóteme estas en la cuenta.

Malhumorado, el muchacho recogió las botellas vacías y, tan pronto los hombres salieron del local, bajó la cortina metálica.

—¿Pa dónde coge? —preguntó Vásquez.

—Voy pal terminal, que en un rato sale el último pa Medellín. ¿Y usted?

—No sé, quería tomarme otra...

—Pues, ojalá la encuentre —respondió Buñuelo estirando su mano.

Ambos hombres se despidieron y cada uno tomó un rumbo diferente.

Minutos más tarde, ya en toque de queda, sonaron tres tiros. El gallinazo levantó vuelo: es hora de cenar.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/el-bloque-central-bolivar-y-expansion-de-la-violencia/>



Relatos **pal Desolvido**

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



Todo reencuentro suscita recuerdos. Aunque, en este caso, los despertó no sólo en los dos viejos compañeros de frente paramilitar que llevaban tiempo sin verse. Será porque su actuar dejó más que cicatrices y silencios.
